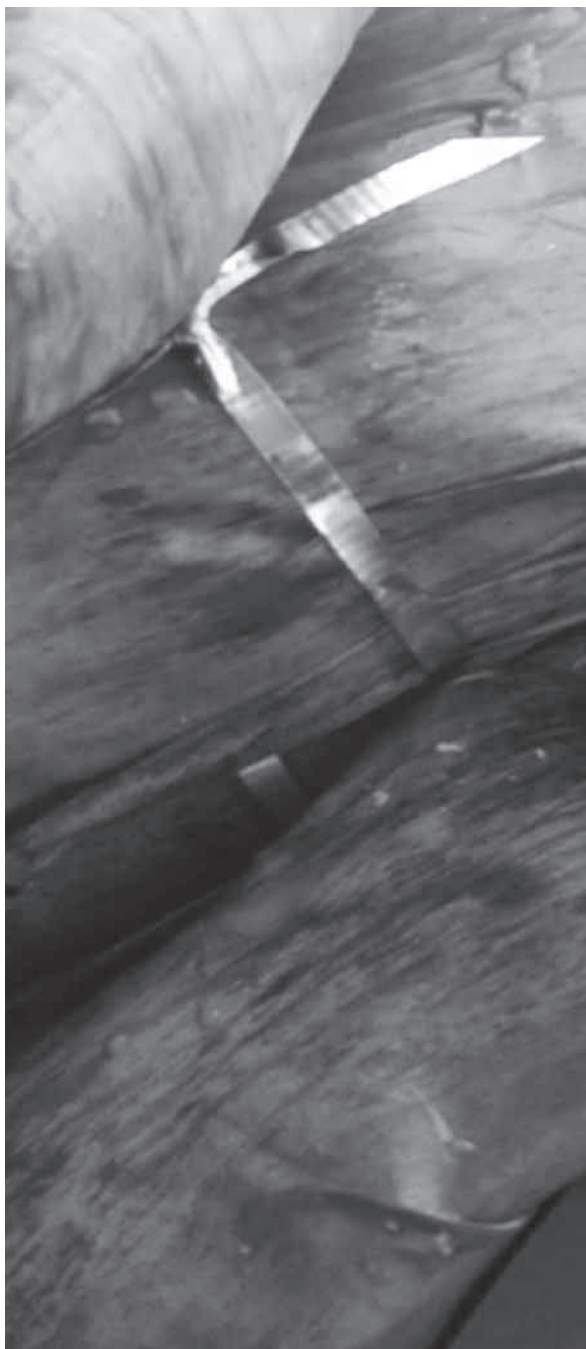


Guía práctica para cerrar *ranuritas* del corazón de la Abuela Jesús

● NORMA LILIA GARRIDO SÁNCHEZ

Eran las cinco de la tarde cuando decidí que ya me había sumergido lo suficiente en mi propia miseria y que era momento de salir adelante. "Naciste sola y encuerada, y así te vas a ir", sonó la vocicita mandona de la abuela en mi cabeza. La frase estaba llena de sentido y parecía el combustible que le hacía falta al motorcito de mi vida. Total, no era ni la primera ni la última persona que pasaba por una decepción amorosa. Además, hoy ya nadie cree en el matrimonio y ni pensaba envejecer a su lado... Bueno, tal vez sí, un poquito, pero como ella también decía: "Mientras unos brazos te desprecian, otros te están esperando". Y eso era justo lo que yo necesitaba, necesitaba unos nuevos brazos, pero claro que esos brazos no iban a tocar a mi puerta, en especial porque no se tiene registro de brazos cariñosos que anden por ahí, deambulando entre las calles. Así fue como se me ocurrió que lo mejor que podía hacer para salir del bache era bañarme y producirme de tal manera que la seguridad regresaría y podría empezar por ahí una especie de nueva aventura amorosa, que, por efecto dominó, me permitiera olvidarme de la ranurita del corazón que me había dejado aquel desdichado y mentiroso.

Sonó el teléfono cuando estaba a punto de meterme en mi entallado vestido negro, era Danna, una de las muchas amigas que habían venido a mi rescate después de la ruptura con aquel. Quería precisamente que saliéramos por ahí de conquista. No sonaba



mal, antes de mi última y fallida relación, ella y yo salíamos todo el tiempo. "Si vas a ser cabrona, sé cabrona sola", sonó el recordatorio que la abue había hábilmente tatuado en mi subconsciente después de que Laurita, la vecina de la esquina, se dedicara a contar todo lo que sabía de mí cuando teníamos 13 años. "Mejor otro día", le contesté, insistió un rato y después comprendió que era mejor dejar el asunto por la paz.

Eran las once de la noche cuando el antro empezó a llenarse, y para esa hora yo ya era perfectamente consciente de la práctica que había perdido y del poco éxito que estaba obteniendo de esta experiencia. Me habría ido en ese momento de no ser por el vibrato de mi celular, que, gracias a la música, resultaba prácticamente imperceptible. "Bueno", contesté mientras me tapaba un oído y hacia un esfuerzo por escuchar. En esta ocasión era Matt, ese hombre enamorado de una que acostumbra tratarnos tan bonito que lo convertimos en amigo y fingimos que no sabemos que nos desea. Le conté mi plan de buscar brazos nuevos pero, curiosamente no le agradó mi idea. "¿No te parece que es muy pronto? Ni siquiera lo has superado". Tenía razón, todo ese ruido y esa gente no me hacían sentir mejor. "Dame dinero, no consejos", se quejó la vocecilla de la abuela en mi cabeza. Ese argumento, en ese momento, valía más para mí que la lógica protectora de mi amigo enamorado. Así que proseguí con la misión, después de colgar el teléfono y prometerle a Matt que me iría a casa en aquel mismo instante.

"Hola", oí en un tono grave. "Hola", contesté, sonriendo. Para las dos de la mañana, me encontraba cansadísima de bailar y lista para aceptar que aquel naciente romanense y yo teníamos en común lo que dos gotas de agua: solo la constitución química. "A rajarse a su tierra", me animó la abuela (en mi ahora mareado imaginario), mientras miraba el caballito de tequila que me ofrecía mi galán instantáneo. Lo tomé de un solo trago, después de todo, la abuela también decía: "Lo bonito entra por la boca". Y juro que mi aventura romántica, a pesar de sus evidentes carencias, hubiera durado más de solo tres horas de no ser porque al improvisado pretendiente se le olvidó la cartera en su casa precisamente el día en que le tocó galantearme a mí. "Si eso hace de rendido, que no hará de arrepentido", mi abuelita tenía toda la razón. Además, yo, para encontrar patanes, me pinto sola y generalmente no tengo ni que pagarles la cuenta.

"No te preocupes", aseveré, "voy por mi cartera al guardarropa y regreso para pedir la cuenta". No hubo objeción. Caminé lo más derechita que pude, estiré la mano con una ficha por la que intercambié mi bolsa, busqué al mesero que nos atendía, le dejé una buena propina y le dije que aquel apuesto caballero que me acompañaba esperaba la cuenta. Una sonrisota me salió desde dentro, la más sincera de la noche y recordé la mejor de todas las frases de mi abuela, mientras me alejaba orgullosa de aquel contenedor de hormonas: "Yo estoy bien sola, me caigo muy bien". 